

entendido era una tenida por hechicera; y la vispera de Navidad despertó echando grande copia de sangre por la boca, y dijo: «Un butete (que es pescado ponzoñoso) me han dado á comer.»

Pero de cualquier manera no habrá faltado nuestro Señor con copiosa remuneracion á los grandes deseos que este siervo de Dios tuvo de dar por él su vida.

Desde aquel punto estuvo enfermo, y tal que no pudo ir á Maitines ni decir Misa; antes le recreció la calentura con tales accidentes, que le obligaron á venir á curarse al colegio de Manila, donde con cuidado y asistencia se le aplicaron los remedios convenientes, y él descubrió los resplandores de sus grandes virtudes, en particular la conformidad con la divina voluntad en vida y muerte.

Cuando le dieron nueva de cuán cercana estaba la suya, fué muy extraordinario el regocijo que recibió, con la mayor alegría que le vieron en su vida, que, si bien la procuraba encubrir, era tan grande que le rebosaba el gozo, y así se traslucía en el rostro, palabras y acciones.

Era admirable la paz y seguridad de su alma, acompañada de una grande confianza de que se iba al cielo; dijo al Padre Provincial, que despues de esta nueva le habia hecho nuestro Señor una singular merced de una union y abrazo admirable de su alma con el mismo Dios en sí mismo, en un modo altísimo, y que nunca tal habia sentido ni se podia percibir por más que quisiera explicarle: duróle un rato esta union y amor.

Despues de dos dias le preguntó el mismo Padre Provincial si sentia la dicha union, y respondió que otras habia tenido diferentes; y diciéndole, si habian sido mayores ó menores, respondió que no lo sabia; y es sin duda que tuvo los últimos dias de su vida grandes visitas de Dios nuestro Señor y enajenacion de los sentidos y favores admirables.

Pero lo que particularmente le alentaba, fué lo que respondió el dia ántes que muriese: preguntándole qué era lo que en aquella hora le causaba mayor alegría, estando un rato pensativo, dijo, *que el amparo de la Virgen Santísima*, que parece le habia tomado debajo de su proteccion esta Señora desde su entrada en la Compañía hasta su muerte; y él lo sentia y acudia en todas las cosas que se le ofrecian, por mínimas que fuesen, á tan gran Madre de misericordia, y ella le socorria en todo lo que habia menester, cuidando de él como una amorosa enfermera. Y estando ya para morir, llegándose á él un Padre á quien él tenia particular amor, y pidiéndole le dijese algo de consuelo, con gran sentimiento dijo: *Sea V. R. devotísimo de la Santísima Virgen*, la cual le quiso llevar el dia octavo de su Visitacion del año de 1631, recibidos los Sacramentos con notable gozo de su alma; y si bien el dia ántes

habia recibido el Viático y Extremauncion, deseó el de su muerte con grandes ansias comulgar, diciendo que aquella seria la última vez.

Comulgó y murió aquel dia *in osculo Domini*, dando su espíritu á nuestro Señor que le llenó con tan abundante gracia, que en treinta y tres años que tenia de edad, tiempo breve, llenó las medidas de muchos tiempos en virtud y perfeccion.

La vida de este admirable Padre y tan favorecido de Dios, escribió el P. Juan de Bueras, Provincial de las Filipinas y su superior, y la acaba dando muchas gracias á Dios por haberle dado á conocer tan grande siervo suyo.

En el libro de la *Vida divina*, que anda en romance, y traducido en elegante latin por el P. Martin Sibenio, en el capítulo 32 se hace larga relacion de este siervo de Dios, donde se propone por dechado de espíritu y fervor.

P. NIEREMBERG.

---

## P. LORENZO MASSONIO

---

### I

EL perfecto imitador de S. Francisco Javier, P. Lorenzo Massonio, nació en el reino de Nápoles el año de 1556 á 27 de febrero.

Estudió en el siglo Cánones, con las esperanzas que promete el engaño de los hombres, hasta que despues de aprovechado en esta facultad, cuyos estudios acabó, y ordenado de Sacerdote; un rayo de la divina gracia le ahuyentó las tinieblas que tienen cubiertos los corazones humanos de engaños é ignorancias; y movido del Señor, que le tenia escogido para bien de innumerables almas, entró en la Compañía á los veintiseis años de su edad.

Despues de haber tomado muy á pechos el estudio de la perfeccion cristiana, empezó el de la filosofía y teología, en la cual alcanzó por condiscípulo á nuestro glorioso H. el B. Luis Gonzaga, á quien siempre tuvo singular devocion; y así cuando llegó á la India, donde el P. Lorenzo habia ya estado muchos años, el buleto de su beatificacion, fué extraordinario el consuelo de su alma, con muestras de tan grande alegría, que no podia reprimir las lágrimas que con gran ímpetu corrian por sus venerables canas, por más fuerza que se hacia para encubrir estos sentimientos celestiales.

Acabados sus estudios de artes y teología, fué escogido de la santa obediencia para ir á la India oriental, donde llegó el año de 1588.

Luego se ocupó en aprender la lengua malabar y malaca, y, con un fervor apostólico y celo abrasado, emprendió la conversion de los infieles de aquellas partes á nuestra santa fe, ocupándose juntamente en la doctrina de los nuevos cristianos, hasta el año de 1591, en que con dichosa suerte de las islas Malucas, llegó de la India á Amboino, para ser en aquellas partes su segundo apóstol, sucediendo en el oficio al Apóstol de la India S. Francisco Javier, á quien imitó perfectamente así en la santidad de vida como en el celo fervoroso y encendido deseo de la salvacion de las almas, cumpliendo enteramente con el fin de nuestra Compañía.

En esta empresa de la conversion de las almas, padeció con gran caridad y paciencia increíbles trabajos, afrentas, prisiones, peligros de muerte á cada paso por mar y por tierra, molestias de caminos por montes y soledades, y de navegaciones peligrosas; viéndose obligado á padecer hambre, sed, desnudez, desvelos y vigiliias y otras innumerables incomodidades, comiendo de ordinario muy mal y durmiendo peor; no reparando en cosa alguna, y cargando sobre él en gran parte el peso de la continua solicitud y cuidado de las iglesias y cristiandad de aquellas islas, donde el Apóstol de las Indias y santísimo P. N. S. Francisco Javier plantó la fe con los mismos trabajos y peligros que el Apóstol de las gentes cuenta en su segunda carta á los de Corinto.

El celoso P. Massonio con los mismos trabajos y peligros la conservó y aumentó por espacio de más de treinta años, con tan gran fama de santidad, que los españoles no le sabian dar otro nombre que el de santo Massonio, y los naturales de aquellas partes el de santo Lorenzo: y hasta el dia de hoy conservan muy fresca su santa memoria, y suspiran por él como por su amosísimo Padre.

Los mismos herejes holandeses le amaban tiernamente y respetaban como á santo, y le enviaban presentes de libros para su estudio, de vino para misas y otras cosas y regalos de Europa, rendidos de su santidad y de las buenas obras que les hacia en Ternate cuando estaban allí cautivos algunos de ellos, aunque al principio le afligieron mucho por nuestra santa fe.

Esto sucedió el año de 1605, en que vinieron con una gruesa armada de galeones y pataches y otros navíos menores de remos de los moros de la tierra; acometieron á la fortaleza de Amboino, en que el siervo de Dios estaba, y apretáronla de suerte, que se hubieron de entregar los nuestros con algunas condiciones. La principal fué, que los cristianos católicos, así europeos como naturales de la tierra, habian de vivir católicamente, segun los ri-

tos de la santa Madre Iglesia Romana, sin que en esto hubiese de haber mudanza alguna.

Con esta condicion se determinó de quedarse el santo varon en aquella isla de Amboino, para mirar como buen Padre por las almas de sus hijos; y así continuó, aún con más fervor, sus santos empleos, administrando públicamente los santos Sacramentos, celebrando los divinos oficios con gran solemnidad y aparato, predicando muy de ordinario con gran celo y espíritu, y finalmente, ejercitando todos los ministerios de la Compañía á vista de los herejes, como si la isla no estuviera en su poder, ni ellos fueran señores de ella.

Perseguía el demonio al siervo de Dios como á su capital enemigo; procuraba afligirle y maltratarle cuanto podia sensiblemente; oíanlos en el aposento andar peleando de noche, y á veces hallaron por la mañana al P. Lorenzo tan molido y quebrantado, que en muchos dias no se podia levantar de la cama; porque el demonio tomando varias figuras le hacia más vejaciones y atormentaba cuanto podia, porque procuraba el santo varon la causa de Dios.

Pero viendo el comun enemigo que no podia amedrentar al apostólico Padre, y que sus trazas de haber traído á aquellas partes á los herejes, para desterrar de ellas la religion católica, é impedir la conversion de tantos infieles se le frustraban; movió sus ministros los herejes á que no guardasen las condiciones prometidas.

Principalmente los instigó á derribar los templos é iglesias, quebrar las cruces, pisar y ultrajar las santas imágenes, y profanar todas las cosas sagradas, cometiendo mil sacrilegios contra nuestra santa fe, las cuales injurias atravesaron el corazon del siervo del Señor, y movido de un celo santo de la honra de Dios y de su Iglesia, se opuso á los herejes, afeándoles semejantes desacatos; y en las disputas que tuvo con sus predicantes los confundia y avergonzaba con las razones fuertes y eficaces con que refutaba sus herejías; y así corridos acudieron á sus ordinarias armas, diciendo mil injurias al Padre, haciéndole muy malos tratamientos; ni pararon hasta prenderle y echarle en un calabozo.

Pero pareciéndoles, como era así, que el santo varon les era de gran impedimento para sus intentos, y que los naturales de la isla, por el grande amor que le tenian, nunca se quietarian hasta echarle de la tierra, ó por lo ménos no se podrian fiar de ellos, determinaron desterrar perpétuamente al santo Padre de aquella isla, echándolo de ella; y así le embarcaron en una embarcacion pequena, mal aprestada, sin piloto, ni quien supiese el viaje, con muy poco bastimento y agua, los vientos por la proa y la mar por el cielo.

Pero en todos estos trabajos, aficciones y peligros, fué el siervo de Dios el único amparo y consuelo de todos los que con él venian, por verle que es-

taba siempre en oracion rogando á Dios por todos; y así, por sus oraciones y merecimientos, milagrosamente llegaron al puerto deseado de la ciudad de Cebú, en las Filipinas, porque los libró el Señor con particular providencia de que no cayesen en manos de piratas, como sin duda cayeran, si no fueran avisados de un pescador, cómo venian los enemigos á dar de improviso sobre el navío; y hallándose dudosos cómo escaparían de este peligro, les deparó nuestro Señor algunos navichuelos de pescadores que, aunque enemigos de portugueses, tuvieron lástima de ellos, y, por respeto del mismo santo Padre, metieron el navío en un puerto, y con eso quedaron burlados los corsarios, y ellos libres de aquel riesgo.

Comenzaron á hacer su viaje; mas como no llevaban piloto ni quien supiese el derrotero, no sabian por donde irían; pero tambien en este conflicto, por las oraciones del mismo santo Padre, los socorrió Dios nuestro Señor, haciendo que se encontrasen con un navichuelo, en que venian dos hombres, que de los nuestros se habian pasado al enemigo de Ternate, y, aunque enemigos, les trocó el Señor el corazón, é hizo que no sólo enseñasen el camino, sino que les proveyesen de bastimentos, con que se hizo con comodidad el viaje que duró treinta y nueve dias, hasta llegar á la ciudad de Cebú, donde de todos los desterrados fueron muy bien recibidos y regalados con grande agasajo y liberalidad de los vecinos, y en especial el santo varon, del Obispo y de los nuestros.

Apénas se habia desembarcado, cuando le fué forzoso entrar otra vez en los peligros del mar, y venir de Cebú á la ciudad de Manila á dar aviso al gobernador D. Pedro de Acuña de la pérdida de Amboino y lastimoso estado de las islas Malucas.

En este viaje fueron grandes los trabajos que padeció por venir en una embarcacion muy pequeña, que no sufría la furia de los vientos y mares. Todo lo venció la invicta paciencia del siervo de Dios, el cual fué recibido del gobernador con muestras de grande alegría, y respetado y reverenciado como santo. Y porque el gobernador estaba de partida con una buena armada, para recobrar al Maluco; sin descansar un punto, se embarcó en ella, y, llegado que fué á la villa de Othon, posó en casa del Dean de Manila, D. Miguel Garceras, insigne benefactor del colegio de aquella villa, que entonces era Cura y Vicario de ella, el cual tuvo al P. Massonio por santo, por reconocer en él una encendida caridad con los prójimos, ocupándose todo el dia en confesar y ejercitar otras obras de misericordia.

Lo que más le maravilló fué que le pareció que no dormía de noche, porque á cualquier hora que despertase, reparaba que el santo Padre estaba en oracion.

## II

*Su fervor, trabajos y maravillas con que le favoreció el Señor.*

Partió el siervo de Dios con la armada de Othon para las islas Malucas, donde llegó prósperamente, y, por su consejo y orden, el gobernador dispuso las cosas con grande acuerdo y prudencia: en particular fué causa el Padre de que los Tidores, nuestros amigos, nos ayudasen con veras en aquella conquista.

Hecho esto en la isla de Tidore, se partió de allí la armada á 30 de marzo del año 1606, y el dia siguiente sobre tarde llegó á surgir á la isla de Ternate, á vista de las fuerzas.

Luego que dió fondo nuestra armada, el siervo de Dios la visitó toda, yendo de una embarcacion en otra confesando á todos y animándoles á pelear valientemente por nuestra santa fe y honra de su rey contra aquellos infieles sus enemigos, asegurándoles de parte de Dios la victoria, porque habia tenido revelacion de ella.

En esto se ocupó todo lo que quedaba de la tarde y toda la noche, sin descansar un punto, y, como los exhortaba á grandes voces, se oía en toda la armada; y en todos los de ella causó un nuevo ánimo y brío y esperanzas muy ciertas que nuestro Señor, por medio de las oraciones y méritos de su siervo, les habia de dar la victoria.

El dia siguiente 1.º de abril, al amanecer, desembarcó la infantería, y con ella el santo Padre: en el escuadron que luego se formó, iba con un Crucifijo en las manos, confesando y animando á los soldados, y prometiéndoles la victoria, diciendo que no dudasen de ella.

Cumplió nuestro Señor la promesa de su siervo, dando á los nuestros sin pensar una tan repentina é ilustre victoria el mismo dia, tan sin costa de sangre, que sólo murieron seis personas, y quince solamente salieron heridas tan levemente que presto sanaron todos.

Ganada que fué la fuerza de Ternate, quiso el Señor premiar á su siervo los grandes trabajos que habia padecido por él en aquella empresa, honrándole con un manifiesto milagro. Y fué que como quedó en aquel presidio gran cantidad de arroz, que se habia traído para la conquista entendiéndose que el cerco sería muy largo; sobrevinieron innumerables ratones al olor del arroz y de los demas bastimentos, de modo que no se podían valer con ellos los del presidio, los cuales no temiendo á los enemigos, temían grandemente la molestia de los ratones, particularmente de noche, porque venían

ejércitos de ellos, entrando unos y saliendo otros, y haciendo extraordinario estruendo y ruido.

No sabía ya qué hacerse la gente: acuden todos al P. Lorenzo como á tan gran amigo de Dios, para que alcance de su divina Majestad alce la mano de aquella tan molesta plaga, semejante á algunas de Faraon.

El siervo de Dios, movido de caridad, lo hizo; exorcizó aquellas bestezuelas; oyóle nuestro Señor, librando luego á toda la tierra de aquella calamidad penosa, y confirmando la santidad de su siervo, el cual de día y de noche se ocupaba en ayudar á los prójimos, ejercitando con ellos las obras de misericordia espirituales y corporales.

Predicaba á todo género de gente con gran espíritu y celo, dando vida á sus palabras con el raro ejemplo de la santidad con que resplandecía, y así cogía copiosísimo fruto de sus sermones. De tal manera templaba el rigor de la reprehension de los vicios y pecados con la afabilidad y suavidad de sus palabras y natural mansedumbre, que ninguno se sintió jamas de sus sermones, y muchos se enmendaron, porque, con destreza y prudencia del cielo, hacia dulce lo amargo de la reprehension con algun símil ó comparacion con que la ocultaba y doraba.

Vivia en aquel presidio con grande escándalo una persona de puesto y anciana en edad; y aunque el celoso Padre le habia amonestado en particular muchas veces, no habia hecho fruto, por estar muy encarnizado en su pecado y mala ocasion. Pero predicando una vez trujo la comparacion del volcan, que aunque por de fuera está blanco con la nieve, por de dentro está hecho un incendio; y así de cuando en cuando despide de sí rios de fuego. Aplicólo luego á los viejos, que, aunque por su edad y canas parecen por de fuera montes nevados y frios; pero algunos, como volcanes, están ardiendo en lo interior con el fuego infernal de la concupiscencia y deshonestidad; y así despiden llamas infernales con que abrasan á otros con su mal ejemplo. Dijo esto con tan gran espíritu, que al que le tocaba se dió por entendido y no por sentido, ántes agradecido del buen modo con que le habia reprehendido, se enmendó; y de allí adelante fué aún más devoto del santo varon.

Pero como su principal intento fué imitar al nuevo Apóstol de aquellas partes S. Francisco Javier, no se sosegó su fervoroso espíritu con reformar las costumbres y vidas de los españoles que estaban de asiento en aquel presidio; sino que su principal empleo fué el de las misiones á tierras de infieles, ejercicio apostólico tan propio de los operarios de la Compañía, y particularmente de los que residen en las Indias.

Así cuando del campo de Ternate salia alguna armada para alguna em-

presa señalada y de riesgo, á conquistar ó reducir algunos infieles, luego procuraba el fervoroso Padre ir á ella en compañía de los soldados.

Dentro de mes y medio de la recuperacion de las fuerzas de Ternate, hizo gran instancia para que se enviase una armada á las provincias de S. Juan de Tolo, donde S. Francisco Javier habia predicado el Evangelio y hecho muchos cristianos, asegurando el buen suceso de la empresa y convidándose á ir con ella.

Pareció bien al gobernador que fuese la armada, pero no vino en que fuese en ella el siervo de Dios, por no poner en riesgo persona de tan gran importancia para el bien y remedio de todos los de aquel presidio; y aunque él sintió mucho esta determinacion del gobernador, con todo eso se consoló con la esperanza cierta que tenia de ir presto á esta mision, como le aconteció; porque reduciéndose á nuestra santa fe y obediencia de España los naturales de aquellas provincias, y aseguradas con un presidio de españoles, vino á ellas el santo varon y bautizó de nuevo infinidad de almas; de modo que vino á ser aquella cristiandad de las floridas que ha tenido la Compañía, dando despues la vuelta para Ternate, contentísimo del gran fruto que habia cogido.

Insistia muchas veces en decir, que aquellas provincias debian ser siempre defendidas y amparadas; y, como ninguno sintiese lo contrario, se maravillaban todos de la fuerza que ponía en persuadir esto, no sabiéndose entónces la causa de este misterio, hasta que se descubrió el año de 1613; que por recelo que venia el holandés con una gruesa armada sobre nuestra fuerza de Ternate, mandó el que entónces gobernaba aquellas islas retirar el presidio que residía en las dichas provincias de S. Juan de Tolo, encareciendo el riesgo de perderse la fuerza principal, y diciendo que, pasado aquel peligro, volveria el presidio otra vez á aquellas tierras.

Nadie se atrevió á oponerse á la determinacion del gobernador, sólo el Padre, que, como lo era de aquellas almas, sentia mucho el verlas desamparar; y así con libertad cristiana, en una junta en que todos callaban, el santo varon alegó las razones que habia para que el presidio no desamparase tantos cristianos leales vasallos de Su Majestad, y los inconvenientes que resultarian de lo contrario; añadiendo, que si ahora retiraban los soldados y quitaban el presidio, tarde ó nunca volverian, y que así se acabaria la cristiandad en aquellas provincias, y ellas vendrian á manos y servidumbre del enemigo.

Todo sucedió al pié de la letra como el siervo de Dios lo habia dicho, el cual porque no se acabase del todo nuestra santa fe en cristiandad tan florida, cuando se retiró el presidio recogió algunos niños, hijos de los principa-

les de aquella tierra, y en Ternate los crió en un seminario, enseñándoles no sólo la fe y buenas costumbres, sino también á leer, escribir y contar, y toda buena policía cristiana, para que despues, vueltos á su tierra, fuesen los predicadores y ministros del santo Evangelio, quitándose de la comida y sustento propio, para criar obreros evangélicos; y ya que él no podía por su persona hacer estas misiones, quería cooperar á ellas por medio de éstos sus hijos: que hasta aquí se extendía su gran caridad.

Otra mision hizo el santo varon con los soldados que fueron á la conquista de una fortaleza de holandeses y ternates llamada Zabugo, en la Batachina, á la cual fueron los españoles muy contentos y animados por llevarle en su compañía.

Amábanle tiernamente por ver que los acompañaba no sólo con el espíritu, sino también con el cuerpo, padeciendo los mismos trabajos, y poniéndose en los mismos peligros que ellos, por hallarse cerca de quien tuviese necesidad de su ayuda en el alma y cuerpo, confesando á unos, á otros ayudando á bien morir, y curando á otros las heridas de sus cuerpos, siendo para todos un consuelo y remedio universal de sus males.

Acometieron los nuestros la fortaleza con gran ánimo y valor: ni fué menor el esfuerzo y resistencia de los contrarios, que con la gran furia de balas que tiraron hirieron algunos de los nuestros. Uno de los heridos entró despues en la Compañía, y afirma, que luego que se sintió herido, halló cerca de sí al P. Lorenzo, que le confesó y consoló á él y á los demas.

El modo que guardaba en estas empresas era procurar con todas veras que los soldados entrasen en las conquistas con grandeza de ánimo; y para esto los exhortaba á que se confesasen con gran arrepentimiento de sus pecados, armándose con las fuertes é invencibles armas de la gracia, y que peleasen como soldados católicos, que exponían sus vidas por extender el reino de Cristo y nuestra santa fe, y defenderla de los herejes, moros y gentiles.

Esta sed y deseo que tenia de misiones le llevó á la isla de Bachan, donde habia presidio de españoles y muchos cristianos naturales de aquella isla.

Estando aquí, de repente vinieron sobre ella los holandeses y moros con una buena armada; acometieron el presidio y le rindieron, matando los pocos españoles que habia entónces allí, aunque vendieron bien sus vidas y murieron muy cristianamente, habiéndose confesado con el santo P. Lorenzo ántes de entrar en el combate. Por esto decia el siervo de Dios que daba por bien empleados los trabajos que padeció en esta trabajosa mision, por haber acompañado y ayudado en aquel conflicto tan valientes soldados.

En esta ocasion libró milagrosamente nuestro Señor á su siervo, para que

no le cogiesen los holandeses ó le matasen los moros; porque entrando los enemigos en el reducto ó fortaleza pequeña, adonde estaba el santo varon con mucha gente de la tierra, toda ella huyó; mas él se estuvo quedo, no queriendo huir con ellos porque el enemigo siguiendo el rastro de tanta gente no le cogiese; y esto no por miedo, sino, como él decia, porque no le matarian por nuestra santa fe (que era lo que deseaba), ántes sería costoso, porque pedirían por él grande rescate, ó para trocarle por el general de los holandeses, que era nuestro prisionero.

El modo milagroso con que nuestro Señor le libró, fué digno de su omnipotencia, deteniendo las manos de los enemigos y traspasándole por los mismos aires, como á otro Abacuc, del lugar peligroso á otra parte segura, socorriéndole despues con manifiestos milagros.

Acerca de esto escribió en una carta el P. Manuel Ribero, Superior de la casa de nuestra Compañía de Ternate, estas palabras: «Lo que podemos alcanzar á saber de los indios, que en Bachan se hallaron presentes cuando milagrosamente le libró Dios no le cogiesen los holandeses que con tantas ansias le buscaban, trayéndole por los aires, como se presume, hasta el lugar donde le encontró un cristiano, por nombre Mole, el cual afirmaba, que por aquel lugar no podía pasar, no solamente hombre, mas ni perro ni otro animal alguno, por ser muy espeso y lleno todo de espinas.

»Yo no dudo fuese quien le trajo la Virgen Santísima de quien el Padre fué siempre devotísimo, la cual he oido aquí decir á los Padres le habia aparecido vestida de blanco la noche que el Padre se habia embreñado, y hallándose solo, huyendo del enemigo que le llevaba delante los ojos, deseando darle alcance y cogerle, y jamas pudo, como uno de ellos confesó despues, diciendo que no acababa de entender cómo aquello fuese, ni quién le detenía y hacia fuerza que no llegase y cogiese al Padre, á quien solamente buscaba y veía tan de cerca delante de sí. Al fin él le dejó, y el siervo de Dios pasó la noche como hemos dicho.

»Despues de tres dias le encontró un cristiano al mismo Padre, que en tantos dias no habia gustado cosa alguna; á quien dijo el Padre que deseaba beber una poca de agua, y como allí no la hubiese, estando presente el mismo mozo, súbitamente la tierra echó de sí un chorro de agua, de la cual el mismo Padre bebió por tres veces, y acabado de beber, se sumió el agua y desapareció, quedando la tierra como de primero.

»Todas estas mercedes del cielo eran debidas á una vida tan inculpable como la que el padre Lorenzo vivía, siendo conocido siempre por muy celoso del bien de las almas, en que hizo mucho fruto, así en estas islas como en Amboino, por espacio de treinta y tantos años que en ellas estuvo, muy dado